

¿Crisis del Derecho o Crisis de la Civilización?

Dr. JOSÉ MARÍA MUSTÁPICH

Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales

Un gran maestro del derecho, Georges Ripert, ha escrito un libro cuyo texto y contenido obligan a la meditación: se titula *Le declin du Droit*; otros maestros coinciden en esa declinación, y en forma especial en la declinación del derecho civil frente al avance del derecho público, y es un gran maestro español, D. José Castan Tobeñas, que en su magnífico discurso Crisis Mundial y Crisis del Derecho, precisa la más completa bibliografía —que es copiosa— sobre el tema, que indica la gravedad del problema y la honda preocupación de los juristas.

Urge inquirir si ante esa declinación, el jurista debe arriar sus banderas o cerrar cuadro y luchar con fe para restaurar el derecho.

En un hermoso libro, pequeño por el número de sus páginas y grande por su contenido de fe y esperanza, "La lucha por el derecho", Rudolf Von Ihering expresa: "La lucha es el trabajo eterno del derecho". Si es una verdad decir, ganarás el pan con el sudor de tu frente, no lo es menos añadir, también solamente luchando alcanzarás tu derecho". Esa es la faena romántica y dramática, a la vez, que cabe cumplir a cada generación. La lucha por el derecho, la lucha por la libertad.

En el análisis de esa declinación me permito disentir con Ripert y otros autores en cuanto éstos, con criterio de especialistas tratan localmente el órgano de su especialidad, sin rastrear el verdadero origen del mal.

Coincido en cambio con Alexis Carrel, quien en su opúsculo *La Oración*, centra el descalabro de nuestra civilización, en la deficiente calidad del individuo, que ha perdido, dice, el sentido de lo sagrado y el sentido moral. "Hemos aprendido mediante una dura experiencia, que la pérdida del sentido moral y del sentido de lo sagrado, en la mayoría de los elementos activos de la nación, traen consigo la caída de dicha nación y su sometimiento al extranjero. El colapso de la Grecia fue precedido por un fenómeno análogo".

Los que contemplan despectivamente épocas que se dicen sombrías, como la

Edad Media, en que varias generaciones insumían sus esfuerzos en levantar a los cielos las ojivas de su fe, que coronaban las grandes catedrales o luchaban por un punto que reputaban fundamentalmente en el dogma, no advierten que esas generaciones eran espiritualmente superiores a otras generaciones que exaltan lo material en detrimento de lo espiritual, aquellas generaciones luchaban aquí en la tierra, para la salvación, allá en el cielo, de su alma.

En cambio, estas generaciones desprovistas del sentido religioso de la vida, luchan por lo material, acicateadas por el morbo del comunismo.

Jerarquicemos espiritualmente al individuo, eso es lo primario, la declinación del derecho es un efecto, no la causa del mal. Esa declinación forma parte de la declinación religiosa de nuestra civilización. Determinar las causas verdaderas de la crisis de nuestra civilización es ya adelantar su curación.

En otros tiempos la Iglesia tenía a su cuidado y responsabilidad la conducción integral de la educación y de la vida de los hombres, en cuya misión la Iglesia concebía al individuo en su fin trascendental, lo conducía hacia la eternidad.

El Estado monopolizó la educación y la transformó en simplemente técnica y política, la Religión-Dios quedó fuera de la escuela y pronto se trataría de expulsarla también del hogar y del taller.

Así advienen nuestras generaciones sin la protección espiritual de la religión, lo que las hace indefensas y sensibles a la declinación moral.

Y he aquí los síntomas gravísimos de la honda crisis religiosa y moral de nuestra civilización: la falta de vocaciones sacerdotales y la falta de vocaciones militares.

Las ovejas sin pastores espirituales y sin pastores armados para su defensa.

Max Scheler, en su libro *El resentimiento en la moral*, pág. 204, denuncia la supremacía actual del valor de utilidad, frente a la declinación del valor vital.

"Hay una profunda inversión del orden jerárquico de los valores, dice, que se verifica en la moral moderna, inversión que asciende cada vez más en su expansión y que con el triunfo del espíritu industrial y mercantil, sobre el militar y teológico-metafísico, penetra cada vez más profundamente hasta en las valoraciones más concretas. La valentía, la capacidad de sacrificio, la nobleza de alma, la fuerza vital, la indiferencia hacia los bienes económicos, el amor a la patria y a la raza, son reemplazados por la rapidez de adaptación, por un intelecto calculador, por una inclinación hacia la seguridad de la vida y del tráfico universal y sin trabas."

Y como síntesis de esta orfandad religiosa y moral, añade Scheler: "En el desarrollo de la civilización moderna, las cosas que el hombre, la máquina de la vida, la naturaleza quiso dominar e intentó reducir a mecanismo, se han hecho dueñas y señoras del hombre; que las cosas se han hecho cada vez más listas y vigorosas, cada vez más bellas y grandiosas y en cambio el hombre que las creó se ha hecho cada vez más pequeño e insignificante, cada vez más, rueda de su propia máquina".

Al vacío espiritual de Dios, se ha pretendido llenarlo con la ilusión del

progreso material y con la indiferencia religiosa. Una técnica deshumanizada, junto con la apetencia de una vida sensible y sin responsabilidades ahuecan aún más el destino del hombre.

El industrialismo, sin la religión, apareja el auge del socialismo y otras doctrinas materialistas que han sido antesalas del comunismo. La guerra excita a su vez las más ásperas pasiones de los hombres, que desprovistos de esa cobertura protectora que da la fe religiosa, son fácil presa de las concepciones, que, como la comunista, han logrado por el resentimiento, el soborno, el engaño o la fuerza, avances espectaculares.

La dialéctica marxista al quedar destruída por la teología y filosofía cristianas ha emprendido el camino de la arteria.

L'Observatore Romano del siete de enero de 1962, consigna la versión que China y Rusia comunista han dedicado cien millones de dólares anuales para la difusión marxista en Sudamérica y centra hoy sus ataques, en los guardianes del pueblo: la Iglesia y las fuerzas armadas, guardianes insobornables de la libertad.

Destacamos aquí el sorprendente apoyo que el comunismo obtiene de una minoría de intelectuales, seudo intelectuales y seudo científicos, porque al desconocer a Dios ignoran la verdad, y al no acatar la instancia superior, su vano orgullo pretende colocarse en el sitial de su Creador.

Esa minoría se ha infiltrado y enseñoreado en importantes centros universitarios de Iberoamérica y captando engañosamente a un sector de las masas estudiantiles, constituyen las más graves y peligrosas puntas de lanza del comunismo americano. Mientras tanto, las universidades católicas abnegadas y patrióticamente van moldeando, como lo hacemos aquí en la Universidad del Salvador una juventud que libremente ha decidido su destino por Dios y por la Patria.

A esos intelectuales ha alcanzado el certero impacto de Ortega y Gasset, "La rebelión de las masas" pág. 48, de que constituyen el prototipo del hombre masa.

"Los hombres de ciencia, dice, están en condiciones de 'no escuchar' de no someterse a instancias superiores, característica del hombre masa. Ellos simbolizan la causa más inmediata de la desmoralización europea. El hombre masa carece de moral, de sentimiento de sumisión a algo, de conciencia de servicio, de obligación."

La insidiosa campaña comunista se ve favorecida por las luchas sociales que aviva la injusticia social, la monopolización del poder económico en unos pocos y la miseria en amplios sectores populares, pero es menester no sobreestimar excesivamente estos factores, que si son importantísimos, no son los fundamentales, pues no siempre una buena situación económica preserva del comunismo o afianza la moral.

Es así, que en la alta zona industrial de Italia, donde el standard de vida obrero es el mejor de Italia, el comunismo se ha arraigado peligrosamente, por que no es ansia de pan lo que reclaman, sino ansias de poder lo que pretenden.

En cambio, en el sur donde la industria no se ha desarrollado vigorosamente y la pauperización es histórica, el comunismo no hace pic, la fe religiosa se sobrepone a las dificultades de la vida y el meridional triunfa en su espíritu, y, al cantar la alegría del vivir, se distrae de su hambruna y se acerca a Dios.

En algunos países del norte de Europa, donde hay un desarrollo notable de la previsión y seguridad social y eficiente standard de vida, observa el padre Rossier (Ovejas sin Pastor, pág. 51). "El aborto es legalmente permitido, el número de suicidios entre los no católicos es pasmoso. Los divorcios son frecuentes, la promiscuidad sexual, es tan corriente que la prostitución casi no existe". Anota el padre Rossier que correlativamente hay en estos países una deserción e indiferencia religiosa muy pronunciada.

En Polonia y en Ucrania que soportan el atroz régimen totalitario, su fe religiosa ha impedido que el comunismo capte a sus intelectuales y a sus pueblos.

La vida del pueblo español es sobria y nada fácil, pero ¡cuánta riqueza y señorío espiritual! ¡cuánta magnificencia en su fe cristiana! Lo que justifica que el pueblo del Quijote, ese quijote que ha vivido y vive en cada español, tenga ese extraordinario sentido vital, que como se ha dicho, le permite saber amar con pasión y olvidarse de sí mismo hasta el sacrificio personal, dominar la muerte con algo que es todavía más fuerte que ella: el amor.

Pío XII, de venerada memoria, frente al drama de nuestra civilización, decía atribulado: "Es todo un mundo lo que hay que rehacer desde sus cimientos, lo que es preciso transformar de selvático en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios". (Radiomensaje del 10-2-60).

Esa es la tarea cimental, la restauración del alma indiferente y materialista de muchos hombres, la reconquista de sus hogares, de las instituciones, de las universidades, de los gremios y de las fábricas, la reconquista total para Dios y para la Patria.

Esa es la tarea ciclópea de la Iglesia docente y de la Iglesia combatiente y de todos los que siguen el perdón de amor de Jesucristo en la que se ha destacado San Ignacio de Loyola y su benemérita Compañía.

En esa tarea la mujer, dulce regalo del cielo, tiene una misión de colaboración, una faena maravillosa que cumplir: Cuidar amorosamente a sus hombres: hijo, marido, padre, o hermano, cuidarlos para la eternidad, es decir, cuidar su alma, quitándoles las toxinas con que el hombre llega al hogar, reemplazando el resentimiento por el amor y la indiferencia y desesperación por la esperanza.

La mujer tiene en su hogar, que continuar la labor y la prédica del sacerdote y en sus manos quizá se teja un aspecto importante del destino de nuestra civilización.

En esta encrucijada de la humanidad nadie pretenda salvar su propio camarote, pues, lo que está en peligro es el barco de la civilización y nadie se engañe tampoco, creyendo que el comunismo apareja los momentáneos dolores y las violencias típicas de la transición a una época superior, pues confundirá el dolor

del nacimiento que es vida y felicidad, con los estertores de la agonía y de la muerte.

Forzosamente ha incidido en el derecho, esa declinación del hombre y de la sociedad, al cambiarse las antiguas bases religiosas y morales en que el derecho se asentaba.

Reconoce Ripert que "La antigua sociedad francesa vivía con arreglo a los preceptos de la moral cristiana, que inspiraba su derecho civil. Lo que hoy dice el cura, en otra época lo decía también la Ley".

Esta concepción cristiana del derecho lo enraiza a Dios a través del derecho natural y del derecho eterno e igualmente sujeta a la economía, al bien común.

El derecho natural es así la denominación de la justicia, el criterio para el reparto de los bienes, de los derechos y de las obligaciones. Cuando se concibe el derecho en bases diferentes naufraga la libertad y la justicia, como el ordenamiento soviético en que el hombre es persona solo en interés del Estado, no tiene fin propio; es afectada su natural libertad y como dice Burkardt, se convierte en esclavo, sometido ilimitadamente a un ordenamiento coactivo heterónimo.

Cuando se afirma el derecho en Dios y que el hombre es su creación fluye que la jerarquía y dignidad que su Creador le acordó, no puede ser cercenada por otras criaturas humanas o por entes inferiores a Dios.

Dice del Vecchio que la noción del Derecho es Eterna, porque es una necesidad lógica, una exigencia categórica de la conciencia de los individuos y de los pueblos.

Fundamentalmente la crisis del derecho se centra en el derecho madre, el derecho civil en sus tres instituciones rectoras: la familia, la propiedad y la autonomía de la voluntad, que son precisamente las instituciones que el comunismo trata de destruir.

Se ha pretendido separar el derecho de familia del derecho civil. El Estado soviético lo ha hecho creando un código de la familia, al lado del código civil, con normatividad de derecho público, que como sabemos coloca a la persona en relación al Estado o a la administración, en posición de obediencia y con el riesgo de privar al jefe de la familia de sus atributos naturales.

La familia, sociedad natural y primera, debe mantenerse dentro del concepto sacramental y antiguo, sin modificaciones que hagan peligrar la indisolubilidad del matrimonio que afectaría la estabilidad y la moral familiar.

Mientras en el orden jurídico se asigna al matrimonio la importancia que merece al trascender el marco del derecho civil para ascender a las garantías constitucionales, en algunos países, mientras la declaración de principios sociales de América, la declaración americana sobre los derechos y deberes del hombre y en otras convenciones internacionales se proclama enfáticamente a la familia como el elemento natural y fundamental, asistimos como decía Pío XII "A la manía del divorcio, ansiosa de contraer y disolver los matrimonios con una facilidad y ligereza mayores que las acostumbradas en los contratos de alquiler y de servicios".

La realidad social de gran número de hogares desquiciados es uno de los argumentos efectistas esgrimidos por los juristas partidarios del divorcio.

Ninguna realidad social es más impresionante que el juego y el alcoholismo, pero a nadie, dotado de sensatez, se le ocurriría homologar legislativamente semejantes realidades sociales, sino combatir las de frente para extirparlas.

Las desviaciones morales de un sector del pueblo, si no son canalizadas terminan por afectar todo el cuerpo social.

Actualmente asistimos a la paradoja que mientras se exalta la solidaridad en materia de contratos, sometiendo a las partes a los intereses de la comunidad y a la suprema conveniencia de la sociedad, en este "contrato" del matrimonio, se ha seguido un proceso inverso, ya que los individuos reciben más derechos que en los demás contratos y la idea de solidaridad y comunidad, puede ser arbitrariamente resuelta con absoluta libertad individual, en el caso del divorcio, que según Chesterton, es junto con el suicidio, la forma de libertad en que, al parecer, se especializaron las generaciones siguientes a la gran guerra.

El culto a la fe empeñada en los contratos, es exaltado por todos los juristas y su incumplimiento señal de declinación moral y del derecho. Empero la falsa libertad de disolver el hogar legítimamente constituido y de romper caprichosamente el juramento prestado, es aceptado en numerosas legislaciones modernas, lo que constituye una grave declinación del derecho cuyas proyecciones la historia revela.

La indisolubilidad, fuera de su necesidad religiosa, ética y social, se requiere como medio de coacción psicológica, pues como se ha dicho, la sola idea o posibilidad del cambio matrimonial, incita a realizarlo, en desmedro de los intereses de la comunidad.

Asistimos actualmente a otro, desconcertante contraste. Del amor libre e incontrolado de los primeros tiempos de la Rusia comunista, pasando por el matrimonio y el divorcio de hecho, asistimos a una sorprendente rectificación soviética de la materia, determinada por las desastrosas consecuencias de esa práctica, que afectaron gravemente la natalidad y la moral, amenazando la estabilidad del estado soviético. De allí las rectificaciones del derecho de familia ruso, en forma tal, que podemos decir que mientras en el mundo soviético se exalta actualmente la maternidad, se trata de fortalecer la permanencia del matrimonio y se considera el divorcio una tara burguesa, los adherentes comunistas en los países de Occidente son los campeones del divorcio, en una perversa política de fortalecer su propio frente interno y debilitar el de Occidente, formando todo parte de una gigantesca operación de ablande moral, que de consumarse les permitirá apoderarse del mundo sin soportar las consecuencias del enfrentamiento directo.

El derecho de propiedad individual, de corte románico se morigera con el principio cristiano que si lo reconoce como derecho natural lo somete a las responsabilidades y obligaciones de una función social.

Ya el propietario de la tierra no lo es desde el cielo al infierno, según la

clásica fórmula romana. El derecho civil, administrativo, el de minería y el aeronáutico les señalan restricciones notables.

En nuestro país, por ejemplo el Estado es dueño efectivo de los hidrocarburos sólidos y líquidos y aceites del subsuelo, como imperativo consubstancial de nuestra soberanía y de los intereses supremos del pueblo argentino, aunque algún jurista de corte antiguo se escandalice por esta supuesta desviación del derecho de propiedad.

El petróleo, pues por el aporte de la ciencia jurídica argentina e imposición del pueblo, es argentino y para los argentinos y fincamos en él para labrar la grandeza económica de la nación, para lo cual es menester una actuación competente honesta y patriótica.

La mejor defensa y efectiva consolidación de la propiedad es facilitar su acceso al mayor número, sin caer en los minifundios europeos que afectan la economía general.

Es necesario vigilar ciertas desviaciones del derecho fiscal, moderno, que trata de escapar a los conceptos clásicos del derecho civil y que para desarrollar una política con criterio elástico crean, a veces, concepciones autónomas que son irritas del derecho civil y la justicia. Los excesos impositivos pueden llegar, con estas concepciones y por su monto a constituir verdaderas confiscaciones de bienes. Aquí deben ser oídos los juristas, pues si se afecta de esta forma la propiedad con tal política se llegará insensiblemente a un verdadero comunismo de estado.

La autonomía de la voluntad —el contrato— junto con la economía clásica sufren el influjo de los nuevos tiempos, por la ruptura principalmente del principio de igualdad de las partes que presupone el contrato.

Es así, que se trata de introducir un nuevo orden de justicia en las relaciones contraactuales, afectadas por el abuso de una parte excesivamente fuerte y se cree obtenerlo con la recepción de viejos institutos como la lesión, el aumento de funciones al Juez, el abuso del derecho, la teoría de la imprevisión, el enriquecimiento sin causa, etcétera, que al asentar justicia en casos concretos a veces depara inseguridad general en esas mismas relaciones.

Otras veces, es la intervención del legislador, que ha olvidado su alta función rectora por intereses electorales, estableciendo lo que Capitant llama el régimen de la violación de los contratos. La demagogia y el dirigismo estatal afectan el derecho al dictarse normas en beneficio de los más, aunque se alteren elementales principios de justicia. El bien común, como enseña Santo Tomás, no es la ventaja de la mayoría, sino la propia y superior finalidad de la comunidad. Hay declinación en el contrato cuando impera la arbitrariedad o la injusticia, pero corresponde distinguir esto de las auténticas transformaciones jurídicas que la vida del derecho requiere. Así por ejemplo, de la idea de culpa como falta individual se abre paso la concepción social de riesgo, lo que importa una socialización de la responsabilidad.

En alguna ocasión las formas clásicas del contrato se han alterado al parecer gravemente. Empero por existir un fondo de justicia, tal aparente desviación

conceptual, no motiva resistencias doctrinarias ni populares. Tal el caso de la ley francesa del 20 de mayo de 1920, que establece, dice Georges Renard, una protección "muy especial en favor de los artistas". Esta ley ha tratado de impedir que el adquirente a vil precio de una obra de arte, haga fortuna revendiéndola gracias al renombre adquirido más adelante por el autor. Ha concedido al autor, por lo menos en caso de venta pública, una parte proporcional sobre el precio, en el curso de las mutaciones sucesivas de que sea objeto. No sería justo que el provecho pecuniario de la gloria fuese para un extraño. El artista no puede despojarse por adelantado de su gloria futura, ni de evaluación en dinero de dicha gloria. No puede decirse que sea una cuestión de orden público, pero termina diciendo Renard, es justo.

Esta ley es notable muestra del desenvolvimiento no solo de la justicia, sino también de la misericordia en el derecho, al que contribuye el jurista al crear los fundamentos y a las figuras jurídicas necesarias. Afirmamos pues con Josserand (*D. Civil*, T. 2, V. 1, pág. 288): Organización y socialización del contrato: sí — Desorganización y anarquía contractual: no.

La economía íntimamente ligada a esta materia, cuando se libera de los principios cristianos o morales puede constituir una pesadilla, para convertirse en monopolios de poderosa concentración económica que anulan al individuo y se imponen al Estado.

Un autor ha señalado que en los países manufacturados se ha realizado por la solidaridad, una adelantada integración social y económica, pero esta solidaridad termina en las respectivas fronteras. Expresa que a los países subdesarrollados no alcanza la solidaridad en la justa remuneración de sus productos y que el peligro puede ser la desintegración de Occidente.

Para desgracia de estos países la solidaridad interna es de escaso desarrollo, lo que agrava el pauperismo económico de sus pueblos creándose así situaciones proclives al comunismo que explota hábilmente estas situaciones.

Los pueblos que recurren a los países comunistas para confrontarlos económicamente con los países de Occidente, venden su alma al diablo, como el pez que pierde la vida por una miserable carnada. Esos pueblos no lograrán mejorar su economía y perderán su libertad.

Es preferible luchar con dignidad y altivez para lograr la justa retribución de sus productos, que entregarse a semejantes actos de desesperación que ningún beneficio les traerá.

La Roma de la decadencia parece justificar esta advertencia. Es así que Von Ihering (*El espíritu del D. Romano*, t. 2, pág. 263) dice: "Se puede señalar como el germen de descomposición que precipitó la caída de la sociedad romana, el estado defectuoso del sistema de repartición de los bienes y de la circulación de las riquezas. La desigualdad en la repartición de bienes es el resultado fatal de la libertad de comercio. En Roma se había hecho imposible al ciudadano que carecía de fortuna la facultad de vivir de su industria personal y los grandes capitales tenían sobre los pequeños una preponderancia desmesurada y así también la clase media no podría prosperar".

El Santo Padre en su magnífica encíclica *Ad. petri cathedram* advicate: "La Iglesia proclama e inculca en el campo social, doctrinas y normas tales que si fueran integralmente realizadas, eliminarían cualquier injusticia. Existen, agrega, demasiadas desigualdades, demasiados motivos de fricción entre un sector y otro a causa a veces también de una concepción imperfecta y no justa del derecho de propiedad, debida a las tenaces resistencias del egoísmo y del individualismo".

Cuando esos monopolios afectan los productos de primera necesidad, la historia enseña que en esos verdaderos abusos con el hambre del pueblo, se juega con la propia hacienda y con la propia vida.

Toda ansia de pan y justicia debe satisfacerse, toda ansia de poder por el poder mismo, debe resistirse. Con una bella figura literaria Piero Calamandrei en (*Estudios sobre el proceso civil*, pág. 103), enseña: "Debemos imaginarnos el ordenamiento jurídico como una montaña de naturaleza volcánica, cuyas laderas sólidas y frías al exterior ocultan en su interior la lava en perpetua ebullición. El legislador desde lo alto de la montaña debe continuamente vigilar si en algún punto el fuego interno roe la costra que lo aprisiona e intenta a través de las profundidades, abrirse paso. Cuando en estos puntos débiles del ordenamiento jurídico en los que de una manera más viva se hacen sentir las sacudidas de la conciencia social que se agita, el legislador cree poder llegar a tiempo de ofrecer el remedio con una reforma legislativa adecuada a las nuevas aspiraciones, el peligro está conjurado, pero si comprende que cualquier reforma llegaría ya tarde, no tiene otra solución que la de abrir él mismo en el punto en que la amenaza se presenta como más grave, la salida a la lava incandescente y canalizarla antes que haga saltar la montaña".

Siempre el legislador llegará a tiempo si se inspira en el más grande revolucionario del derecho, si se inspira en Jesús, el que introdujo el amor en las relaciones jurídicas de los hombres al enseñar que las cosas más esenciales de la ley, son la justicia, la buena fe y la misericordia. La misericordia, que da más de lo que legalmente corresponde, pero que impide que salte la montaña y une a los hombres en el regazo de su Creador.

La religión y el derecho, son las claves de redención de esta civilización y constituyen las más altas y más sólidas defensas contra el comunismo.



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR